

VIAJE EN MOTO A UNA DE LAS ZONAS MÁS CONFLICTIVAS

Irak, un destino irracional

La antigua Mesopotamia, actualmente Irak, es un destino exótico de lo más interesante. Pero... ¿sería posible y seguro llegar hasta allí en moto?



■ MIQUEL SILVESTRE

Dicen que el Kurdistan está estabilizado, que el Gobierno mantiene la seguridad, que las cosas han mejorado mucho desde los últimos atentados en Erbil en los años 2004 y 2007. Sin embargo, a pesar de tan triunfalista propaganda, lo cierto es que la región vive un precario equilibrio. Turcos, sirios e iraníes no ven con buenos ojos el nacimiento de una entidad política kurda independiente. Y no digamos los terroristas suníes, deseosos de dinamitar toda normalización del país. Mi llegada a Estambul coincidió con un atentado suicida que el Gobierno atribuyó a los independentistas kurdos. ¿Qué encontraría en el inhóspito extremo este de Turquía? Militares, tanquetas, controles... Sin embargo, nadie me molestó. Los gendarmes veían la moto acercarse al check point con ánimo curioso pero sin hostilidad. Un saludo y las barreras se abrían sin pedirme siquiera la documentación. Nada que ver con el estado policial que viví en el Sahara Occidental, donde el viajero es sistemáticamente interrogado.





El alambre espinoso marca las ciudades en conflicto, como en Erbil.



Las armas son el pan de cada día en este país...

Pese a lo mediatizado del conflicto, si te mantienes alejado de las zonas conflictivas, en Irak hay una relativa calma; tensa, pero calma

Diyarbakir es famosa porque tiene la segunda muralla más larga del mundo, reconstruida por Constancio II en el 349 DC, que rodea completamente la ciudad vieja. En la zona alta que se asoma al Tigris habitan los más pobres. Charlé con tres barrenderos que hablaban abiertamente de política. Sus postulados eran básicos pero claros: Turquía es el enemigo, les niega sus derechos y la democracia. Uno de ellos dijo que conocía a un cristiano

en Irak llamado Jan. Aseguró que me podía ayudar. Le pedí el teléfono. Siempre es útil tener contactos locales, sobre todo cuando no sabes qué es lo que vas a encontrar. Mientras conversábamos se acercaron dos Honda Varadero de la policía. Temí que me preguntaran por qué estaba grabando con una cámara de video. Sólo tenían curiosidad por la moto. Sonrieron y me enseñaron el pulgar en un signo internacional de aprobación.



Entrada al complejo turístico de Pank, un oasis de civilización para occidentales.



Disfrutar de la hospitalidad de sus habitantes y de sus platos típicos es todo un privilegio.

La frontera

El puesto fronterizo apareció a unos diez kilómetros de Silopi. La cola de camiones era kilométrica. El paso era la única vía de comunicación terrestre con Occidente. La frontera iraní no es apta para el paso de mercancías occidentales, por el embargo, y la siria supone atravesar el avispero suní. Mi aparición causó estupor y alegría en los miembros del servicio secreto; me frieron a preguntas: ¿qué demonios hacía allí?, ¿desde dónde había venido?, ¿cuánto costaba la moto?... ¿Era del Real Madrid o del Barcelona? Meter la moto fue complicado. El Kurdistán pretende ser un estado moderno, pero repite los viejos esquemas burocráticos de la zona. Lentitud y procedimientos incomprensibles. Un mecánico identificó marca, modelo, número de cilindros, chasis y matrícula. Me entregó un papel, pero cuando lo enseñé para salir, resultó que no era suficiente. No acabé de enterarme de qué faltaba o qué sobraba. Mientras esperaba, llamé a Jan, el cristiano que me había de ayudar. Aseguró que vendría a recogerme, pero pasaba el tiempo y no aparecía. Decidí salir para el pueblo de Zakho, que apenas dista diez kilómetros.



A partir de aquí se entra en el conflictivo Kurdistán.

Intenté encontrar hotel y mientras caminaba algo desorientado me abordó un joven. Hablaba un inglés lleno de errores gramaticales. Era Jan. Me había reconocido al primer vistazo. Me alojaría en su casa. Montó en la moto y cuando empezamos a internarnos en las oscuras callejuelas del extrarradio se disparó el chip de la precaución que no pocas veces puede terminar en paranoia. Pensé alarmado que a este chico no lo conocía de nada. Me había puesto en sus manos sin tener ninguna garantía de que fuera cierto lo que me decían. Irak es un país objetivamente peligroso, digan lo que digan los kurdos, que al fin y al cabo son parte interesada en vender una imagen de seguridad. Sentí que no controlaba la situación, que no sabía adónde me llevaban... Giramos en una esquina, abandonamos toda luz. El callejón era tenebroso y desierto. Detuve la moto frente a una cochera. Jan se bajó y llamé con toques quedos. Pensé que una vez metiera la moto, sería como si se me hubiera tragado la tierra. ¿Cómo estar seguro de nada en un país donde todo es desconocido? ¿Qué puntos de referencia tenía? ¿A quién conocía allí?



La moto siempre despierta la curiosidad de civiles y policías. No es muy normal ver un occidental y una GS por estas tierras.



Una de las mezquitas de Erbil se yergue majestuosa. La BMW se queda chica a su lado...



¿Quién dice que la policía iraquí no es amigable?

¿Quién en el mundo sabía dónde estaba yo? El portón metálico se abrió lentamente. Mi pulso se aceleró. Del interior brotó una luz eléctrica. Y también una niña. Una niña de 7 u 8 años con enormes ojos verdes y una larga coleta. Me miró con calma, aunque debía estar tan sorprendida como yo. Entonces sonrió y me preguntó: "How are you?". "I am very happy to be here", respondí, diciéndole la pura verdad. Y es que al ver esos ojos tan puros y la inocencia de su rostro infantil sentí que había llegado a casa, que nada malo podía esperarme en el sitio de donde ella venía.

En ruta

Lo más llamativo de la carretera era la atroza deformación del asfalto. El calor unido al paso incesante de los pesados convoyes militares

había dibujado un oleaje de alquitrán en el firme. Sin embargo, en el Kurdistán no quedaba ni rastro de los soldados norteamericanos. Los tipos que me salían al encuentro en los check points eran todos jóvenes kurdos vestidos con uniformes muy nuevos. Se mostraban simpáticos y habladores. Me paraban continuamente, y el trance se demoraba unos minutos entre preguntas inocuas, presentaciones y apretones de manos. Sólo querían charlar y hacerse fotos. Muchas fotos. "Mister, mister", decían. Ésa era la palabra. Yo era un *mister*, y por eso no era terrorista ni amenaza para Kurdistán. Ser un *mister*, ése era mi mejor salvoconducto. Conduciendo hacia el sur iba dejando atrás carteles de tráfico con sugestivas indicaciones. Bagdad, Basora, Kirkuk... sin embargo, debía



Una de las muchas calles 'urbanizadas' de una población de Irak.

En los controles fronterizos, un motero es bien recibido y no despierta más que la curiosidad por ver la moto y saber de dónde viene

estar muy pendiente de aquella que indicase el desvío hacia Erbil. Los kurdos habían construido un ramal nuevo que evitaba el paso por la peligrosísima Mosul. El desvío estaba sólo a 20 kilómetros del nido de serpientes.

Antes de entrar en la capital kurda tuve que superar un último check point. Me recibió un capitán que quería demostrar ante sus hombres que tomaba en serio su trabajo. Pidió toda la documentación posible. Yo estaba tranquilo. Sabía que al final todo era puro paripé. El capitán observó que faltaba un sello de aduanas. Me ordenó abrir las maletas. Algo que hice de buena gana y sonriendo. Lo mejor en estas situaciones es demostrar que nada te irrita, que tienes más tiempo que perder que ellos.

La ciudad vieja descollaba sobre una colina en mitad de la urbe. Los muros eran altos y magníficos. Subí hasta arriba del todo y me metí dentro. Estaba vacía, abandonada, semiderruida, aunque en proceso de restauración. El proyecto de rehabilitación es desmesurado. Resultaba increíble recorrer aquella ciudad muerta. El Gobierno había desalojado a todos los habitantes para reconstruir el barrio y convertirlo en museo que atraiga turistas.

Necesitaba dinero, y el único cajero estaba en el Sheraton Building, un bunker de lujo para occidentales cuya visita requiere pasar dos controles y un arco detector de metales en el que me requisaron mi navaja suiza. Algunos ejecutivos yanquis, diplomáticos y tal vez también espías. Y yo, con mi uniforme negro de motorista. Pedí agua en la cafetería y me informaron de que la botella costaba dos dólares y medio. Me tuve que conformar con beberla del grifo...

Las montañas

Hacia el este, la región era montañosa, el corazón de la patria. Gargantas profundas, cimas peladas, carreteras estrechas, pistas de grava. Anochece. Seguí avanzando por un oscuro desfiladero.

Llegué a un puesto de control cuando la oscuridad hacia peligroso avanzar. Los *peshmergas* me invitaron a pasar a su garita a comer y beber té. El puesto era de piso de tierra y un agujero en una esquina hacia de desagüe.

Les pedí permiso para dormir con ellos y entonces me dijeron que a pocos cientos de metros había un hotel. ¿Un hotel en mitad de la nada montañosa? Era el surrealista Pank Resort. Una instalación de villas y cabinas al estilo europeo. Cuando fui al restaurante, había allí dos austriacos. No eran turistas, sino trabajadores especializados en construir teleféricos por todo el mundo.

Desperté en mi cabina. El horizonte estaba nítido y puro. Las montañas eternas, el sol intemporal, el azul infinito. Aproveché la cómoda calma del lugar para revisar niveles, presiones y filtros. Rellené el aceite con mi propio bote de Repsol. La experiencia me ha enseñado que los lubricantes rusos que se encuentran en toda Asia no son de fiar.

Cuando terminé el mínimo servicio, abandoné el lugar y me dirigí al este, hacia los abruptos Montes Zagros. En las cimas más altas había cuarteles y fortalezas. Hasta hace bien poco por aquí andaban a bombazos, aunque ese día todo parecía tranquilo y en paz. En la cumbre de una de estas montañas encontré el puesto aduanero entre Irak e Irán. Definir como sorpresa lo que causó mi aparición sería quedarme corto. ¿Quién era yo, qué hacía allí, por qué quería ir a Irán? Mientras me interrogaban miré por encima de la valla. Al otro lado esperaban soldados barbudos y un enorme retrato de Jomeini. No pude evitar hacerme la misma pregunta. ●

Todo el mundo quiere hacerse una foto con mi BMW, como estas madres y sus hijas, todas mujeres.

LOS DATOS DEL VIAJE

El noreste de Irak constituye la Región Autónoma del Kurdistan, con su parlamento propio, situado en Erbil. Pese a que está en una de las regiones más conflictivas del mundo, y también de las más pobres, el Kurdistan iraquí es relativamente seguro, aunque conviene extremar las precauciones y no conducir nunca de noche, conservar copias de todos los documentos importantes (remitiéndote copias escaneadas al propio correo electrónico) y no dar a extraños información detallada sobre la ruta a seguir. Pero tampoco hay que ser tan paranoico como para no disfrutar de la amabilidad de unas gentes sencillas y de un lugar absolutamente virgen.

Datos útiles

Contactos: Oficina del Gobierno del Kurdistan en España. <http://www.krgspain.org/>

Moneda: Irak: Dinar iraquí (1 euro: 1.600 dinares); sin embargo, la divisa más valorada es el dólar. Llevad siempre dólares en billetes de poca cuantía. Turquía: Lira (1 euro: 2 liras).

Visado: Turquía: 15 euros, se obtiene en frontera. No hace falta para entrar en el Kurdistan.

Distancia: Barcelona-Erbil: 5.000 kilómetros.

Consumo: (BMW R 1200 GS a plena carga): unos 6 litros por cada 100 km. Total: 300 litros de gasolina. Recordad que en Turquía la gasolina es más cara que en Europa. Un presupuesto prudente serían 600 euros para llegar por carretera.

Rutas posibles hasta Estambul

Terrestre: Barcelona-Marsella-Génova-Lubiana-Belgrado-Sofía-Estambul.

Marítima: Barcelona-Livorno (salida 23.59 h, llegada 19.30 h, a partir de 150 euros con Grimaldi), Livorno Ancona (406 km), Ancona-Igoumenitza (salida 16.30 h, llegada día siguiente a las 16.00 h, a partir de 46 euros con Minoan). Igoumenitza-Estambul: 900 kilómetros de carretera.